

textos

el presente

nosotros según Nietzsche, (Lección inaugural del IES Máximo Trueba, Boadilla, 26 de septiembre de 2003)

Ignacio Castro Rey. Madrid, septiembre, 2003

1 Recordemos que Nietzsche (1844-1900) es en un principio la gran promesa de la filología alemana. "Conseguiré lo que se proponga", dice su profesor Ritschl mucho antes de que el joven Nietzsche impresione a sus profesores y compañeros con sus primeros escritos sobre los griegos. Antes también de que sea nombrado catedrático a la temprana edad de 26 años en una universidad que, recordémoslo, no se conformaba con cualquier cosa en materia de erudición y competencia. Sin embargo su primer libro, *El nacimiento de la tragedia* (1872), que pasa hoy por ser un imprescindible manual de formación para cursos superiores, constituye un escándalo en la comunidad cultural alemana y significa muy pronto la expulsión de la sociedad bienpensante de los eruditos.

2 Los alumnos dejan de asistir a los cursos de la antigua promesa y la propia universidad de Basilea ingenia una salida honrosa para el pensador, alegando razones de salud. Después de su muerte, tras una agotadora vida errante donde los padecimientos anímicos se mezclan con los fisiológicos, Nietzsche se convierte gradualmente en una joya oscura de nuestra cultura. Ni Unamuno ni Spengler, ni Weber ni Freud (pero tampoco Bataille, Th. Mann, Adorno, Cioran, Canetti o Deleuze) serían posibles sin el *abogado del retorno*. Hasta un pensador tan superficial como Ortega surge inicialmente tocado por el halo de Nietzsche, el genealogista de nuestra moral.

3 Se ha dicho que nuestra sociedad neutraliza todo lo que le incomoda. Primero con la hostilidad o el silencio. Después, con el aplauso y el éxito. Pues bien, ¿qué piensa realmente Nietzsche bajo los tópicos que hoy le neutralizan? ("moral de señores", "superhombre", "voluntad de poder"). Él encarna una inflexión del pensamiento occidental, vagamente preparada antes por Schopenhauer y otros como Dostoievski. Por boca del legendario sabio persa Zaratustra (s. VI a. c.), Nietzsche se convierte en el gran crítico de Occidente. Para darle la vuelta a nuestra cultura, para escudriñar como un "psicólogo" su envés, intenta remontarse más atrás del cristianismo y de los griegos, pensándonos desde el polvo del desierto. Cuando hace años una amiga me confesaba que tuvo que cerrar *Así habló Zaratustra* por la angustia que le producían sus páginas, sentí que había más fidelidad al pensador en ese vértigo que en cualquier acercamiento simplemente cultural.

4 Bajo la hostilidad de la mayoría y el aplauso de unos pocos, una Modernidad cansada de sus grandes palabras y de su ruidosa carrera histórica de despegue, mira a través de Nietzsche a la inmanencia de la vieja vida, al espejo del instinto y de una borrosa escena primitiva que parece regresar. Occidente se asoma con Nietzsche al rumor de algunas palabras olvidadas: *vida, instinto, oriente, tierra*. Él es el crítico de la modernidad, un dramaturgo de nuestra negatividad, de aquello que hemos aplastado en nuestra carrera. Profeta de la mala hierba que brota en las ruinas de todo lo que hemos arrasado, hay en Nietzsche un cierto parentesco con Freud y Marx (esa infraestructura *inconsciente*, ese *proletariado* que no podemos mirar de frente). Pero no es del todo justa su comparación con Marx y

Freud (los tres serían "filósofos de la sospecha"), pues ellos son pensadores netamente occidentales, críticos que se limitan a señalar una severa corrección en la imagen que tenemos de nosotros mismos.

5 Nietzsche es otra historia. De hecho, Freud reconoce que se asusta ante él, ante ese hombre que se conoce temiblemente a sí mismo. Se suele hacer demasiado hincapié en su crítica de la moral tradicional y el cristianismo, cuando Nietzsche, diga lo que diga Savater, no es un ilustrado más. En realidad, su idea obsesiva es desde el comienzo que nuestra sociedad moderna (científica, democrática) es una forma sutil, especialmente perversa, de la coacción que caracteriza a *toda* sociedad. En una primera nota pesimista que nunca abandonará, Nietzsche se muestra más cerca de Hobbes que de Rousseau: no hay sociedad sin violencia, sin coacción, sin una mentira mantenida en común. Toda sociedad, dirá después Freud, reposa sobre "un crimen cometido en común".

6 Y esto vale también para nuestra famosa objetividad, nuestra impecable verdad científica, su pluralismo, su racionalidad... Hasta la ciencia es una función de la fuerza, de una fuerza inconfesable, que ha de permanecer oculta en una sociedad que presume de democrática. Mayoritariamente, la verdad científica es un resultado de la imposición de la "moral de rebaño" (la ciencia *normal*, diría Kuhn) con la que la masa mantiene su coherencia. Eventualmente, aquí y allá, surge de una libertad creadora (la teoría *revolucionaria*) que, también en la ciencia, toda sociedad que se precie entenderá como un peligro.

7 Nietzsche insiste: la historia, la erudición está al servicio de la vida, de su poder, de su voluntad de poder. Pensamos siempre desde una *perspectiva* irremediable, desde un prejuicio de partida, un punto de ceguera inicial. El pensamiento más objetivo tiene en su núcleo la irracional singularidad de la vida. Pensar es *relacionar irracionalidades*, dirá después un Unamuno cercano a Hume. Por delante van los sentidos; detrás, la razón, *cojeando*. Más allá del bien y el mal generales, cada hombre está a solas con su destino, con lo único de sus vivencias.

8 En los momentos cruciales siempre estamos solos, y es preciso atreverse a pensar desde ese borde del mundo. Podemos decir que, a pesar de sus bromas crueles, Nietzsche no está en principio tan lejos de Sócrates, de Píndaro o del mismísimo Kant: conócete a ti mismo, no cedas en tu deseo, atrevete a pensar por ti mismo. Todo el emblema inicial de Nietzsche se podía resumir en el imperativo pindárico: Llega a ser el que ya eres (*Ecce homo*). Si Dios ha muerto, el hombre más común debe atreverse a ser un creador para simplemente existir, para conservar la paradójica singularidad que encarna en el mundo (efectivamente, hasta en Kant hay algo de esta trágica soledad de una autonomía irreductible a causas externas). Bajo la cáscara de la hipocresía, inevitable en una sociedad uniformadora, la lucha desesperada por la vida se mantiene siempre. Pobre del que, en cuanto a la vida, se deje engañar por las ilusiones democráticas, que son sólo un disfraz de las nuevas y feroces formas del poder.

9 Todo esto significa que Dios, el Dios de los valores suprasensibles, allí donde hemos puesto esas grandes palabras que rellenan la hornacina del cristianismo, *ha muerto*. Estamos ante "el más incómodo de todos los huéspedes", el vértigo de una experiencia central. No podemos ahora ocuparnos del pensamiento del Eterno Retorno, pero recordemos que Zaratustra se derrumba cada vez que intenta formular su pensamiento abismal: como si sólo cupiera *practicarlo*, siguiendo el baile de las cosas mortales ("Sólo creería en un dios que supiera danzar", dice). Se da en Nietzsche el retorno de un trágico

dualismo, la irreductibilidad final de la Vida a la Historia, de Dionisos a Apolo (de lo nocturno a lo diurno: "la noche es más profunda de lo que el día ha pensado"). Hay también una suerte de relativismo sistemático, un relativismo generalizado en el que lo único que permanece como universal es la embriaguez de lo nuevo que irrumpe, en cuanto que *irrumpe*. El enigma eterno de cada existencia, por minúscula que sea: también esto es la riada del eterno retorno. Deleuze, un nietzscheano del siglo XX, lo expresa así: "Toda una vida basta apenas para una sola brizna de hierba".

10 Estamos hablando, en contra de las interpretaciones habituales, de un Nietzsche radicalmente *afirmativo*. El Eterno Retorno, ese "pensamiento abismal" ante el que Zaratustra retrocede, es un intento de pensar de modo afirmativo lo temporal, la caducidad, el derecho *absoluto* de cada ser. Pesimista en lo histórico y optimista vital, a pesar de su salud, el autor de *El crepúsculo de los ídolos* utiliza su legendaria ira, la filosofía del martillo, para poner en crisis todo lo que triunfa, todos los falsos ídolos (incluidos Wagner y Alemania) que nos tapan la anchura de un palpitante devenir. La cólera del martillo está al servicio de un fin muy piadoso, profundamente humano: para que se abra, al otro lado del ocaso, el sentido de la tierra. En este aspecto preciso, el hombre moderno debe ser superado, debe ser *liberado de la venganza*. Lo que surge al otro lado es el superhombre, pero éste no representa ninguna casta superior, sino el coraje moral de una humanidad que se atreve a permanecer *abajo*, mirando de frente el silencio de las cosas. En el anillo donde Nietzsche representa el periplo del hombre (primero el *camello*, el hombre sojuzgado por valores superiores; después el *león*, el hombre belicoso que se atreve a rebelarse), el *niño* es el resultado final, la imagen de una humanidad que se atreve a afirmarse en el misterio del presente, jugando con lo más terrible.

11 Hay en el Nietzsche afirmativo (el que finalmente enloquece en Turín, abrazando a un caballo golpeado) una importancia clave de todo lo pequeño, de aquello que "se acerca con pasos de paloma". Y cuando hablamos de lo pequeño (el *niño*, el *instante*, los animales de Zaratustra) no estamos hablando de magnitudes, sino de lo que sabe permanecer atado a los límites de su finitud. De una manera no muy alejada del *Tao te king* o del cristianismo primitivo, se da en Nietzsche una nueva universalidad plegada a la sombra de lo singular, al eterno retorno de un inmenso enigma en cada cosa. No se trata de individualismo (digamos, la feroz América), sino de otra Europa, atenta a Asia, capaz de poner en pie una cultura de los sentidos. Hay un enérgico llamamiento nietzscheano a pensar la cultura, la humanidad que sólo brota del subdesarrollo, de la minoría de edad inherente a la existencia. Nietzsche nos advierte: mientras Occidente quiera superar ese dolor central, se encharcará en la infelicidad y hará infeliz a lo que le rodea.

12 ¿Cuál es la crítica más fuerte que nos hace a *nosotros*, los occidentales modernos, la crítica que le condena al ostracismo mientras vive? Nosotros, platónicos y cristianos, odiamos el sentido de la tierra, el *atraso* de la condición mortal. Somos una cultura decadente, cargada de resentimiento contra una vida con la que no podemos, pues está regida por algo que nos rebasa absolutamente. Preferimos así la nada pálida de lo suprasensible antes que el algo incierto de los sentidos. El *nihilismo* define a todo Occidente, la venganza como "aversión de la voluntad contra el tiempo y su *fue*". Pero, al huir del abismo y refugiarnos en lo uniforme (el concepto, la ciencia, la información) extendemos la violencia sobre la tierra. Por huir de la ley de lo mortal, nos convertimos en una civilización letal. Bajo nuestro nihilismo, *el desierto crece*: pensemos en el significado actual de la deforestación de la tierra... y también en el fenómeno paralelo entre los hombres, esa homogeneización de la cual resulta el extraño silencio del prójimo (mientras un lejano desconocido nos atruena a través de los medios). Nietzsche se hace "psicólogo" para

desentrañar el malestar, el horror que se oculta tras nuestra "platónica" voluntad de elevación.

13 Toda nuestra supuesta objetividad científico-técnica (incluida la actual planicie informática) es una huida nihilista del sentido de la finitud, de la cultura de los sentidos. No podemos vivir sin un Dios suprasensible que con distintos nombres (Historia, Sociedad, Progreso, Técnica), niega la ley de un peligro elemental que nos haría hermanos a las cosas. Nietzsche acusa a la orgullosa sociedad de su época de reproducir el mecanismo cristiano, de ser estúpidamente religiosa, creyendo en una Meta lineal que nos salva del tiempo circular. En realidad, no nos salva. Por el contrario, dado que esa circularidad despiadada regresa en formas perversas, él propone pensar aquello que retorna siempre, la infraestructura más profunda. Deberíamos pensar la vida sin ninguna asignación de esencia externa, de trascendencia que nos salve. Zaratustra es el abogado del círculo, del círculo que redime a la muerte de todo carácter negativo. Allí donde yo era, allí he de volver de nuevo (Freud): "En todo hombre con carácter hay una vivencia típica y propia que retorna siempre".

14 Nosotros no podemos vivir más que en una burbuja protectora, una moral de rebaño que nos preserva, pero extiende la violencia a otros. ¿Qué diría Nietzsche de esta sociedad correcta puertas adentro, consensual hasta la saciedad, pero que arrasa la tierra? ¿Qué diría del maniqueísmo planetario entre el orden de los elegidos y la miseria del resto? Y mientras sigamos en nuestra lógica no hay remedio, pues cada avance, cada elevación reproduce en su seno un retroceso fatal que hace que la suma total de fuerzas (la lógica de la finitud) se mantenga constante. Pensemos en la diferencia escandalosa Norte/Sur, en la dialéctica mundial del confort para unos y el terror para otros. Y esto no sólo a nivel mundial, sino también en la propia carne, en el propio cuerpo, con la dicotomía entre una intensa medicalización y el azote de un cuadro de enfermedades inquietantes. En su voluntad titánica de elevación, Occidente ha conseguido colocar el riesgo de un accidente letal en cada punto.

15 No hay ganancia sin pérdida, acción sin reacción, dirá después Freud. El precio del confort "global", la esfera suprasensible en la cual se encierra Occidente, es el mundo machacado de la vida desnuda, de los instintos. La genealogía de nuestra moral desentraña un suelo infecto de vidas encerradas. Pensemos en el actual Tercer Mundo de la carne, del cual saben algo los psicoanalistas. Recordemos los circuitos legales e ilegales del sexo, todos los sueños monstruosos que resucitan en Internet, la doblez de las vidas que desaparecen en el anonimato o saltan a los periódicos. Oscilamos entre una espantosa normalidad y la necesidad de batir un récord espectacular para demostrar nuestra existencia.

16 Hay algunas páginas centrales de *Más allá del bien y del mal* o de *La genealogía de la moral* que son asombrosas por su capacidad para prever la violencia que nos esperaba en el siglo siguiente. Profeta del gran conflicto que enfrentará a la línea recta de Occidente con las curvas de la tierra, de los terribles conflictos internos que nos desgarrarán, Nietzsche nos invita a superar el miedo, a evitar las formas perversas de la violencia (espectáculo incluido) afrontando el vértigo inherente a la existencia. Es preciso, según él, recuperar la inocencia que nos puede proporcionar asumir el fracaso de la Historia, de la religión histórica, al otro lado del crepúsculo de todas nuestras falsas deidades.

17 Al otro lado sólo nos queda la moral estoica, el *amor fati*: querer lo inevitable, estar a la altura de

lo acontecido, lo heredado. Nuestra aspiración máxima debería ser "transformar todo fue en un así lo he querido yo". Entonces, con Zaratustra, seríamos capaces de gritar ante el torrente de la vida: *Da capo!* Muy cerca del poeta Hölderlin ("en el peligro está lo que nos salva"), para el Nietzsche maduro el libre uso de lo irreparable es el horizonte. Hasta de la propia muerte es preciso hacer una tarea. Se trata, no de contraponerle un Bien, sino de vencer el Mal abrazándolo, encontrando una ley en el azar y un juego en la necesidad.

18 En el fondo todos sabemos que, bajo la costra de la hipocresía pública, el hombre está obligado a retornar, a cumplir el círculo de su destino. Estamos encadenados a la tragedia de una escena primitiva que retorna y a lo que nos invita Nietzsche es que eso lo hagamos con nuestra entrega, mientras aún podemos sacar de ese círculo una alegría austera. El hombre sólo es un puente para el sentido de la tierra, por eso debemos aprender a atravesar el ocaso de nuestros becerros dorados. La hostilidad de su época (¿la nuestra?) para esta sencilla verdad *oriental* es lo que hace que acaso Heidegger tenga razón al decir que Nietzsche fue sólo un hombre tímido, un hombre tímido que se vio obligado a gritar.